

388

SERMON 1.º
DE LA PASION Y MUERTE
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (1).

*Dilexit me, et tradidit semetipsum
pro me.*

Nos ha amado, y se ha entregado
por nosotros.

Paul. ad Galat. c. II, v. 20.

Los profetas habian anunciado al mundo la venida del Reparador de la humanidad, y los justos la habian deseado con ansiedad. No obstante que el hombre no veia otra cosa que los funestos efectos del pecado, de la caida de nuestro primer padre, vivia en la espectacion del Salvador, conociendo que no bastaban las súplicas y oraciones, pues que era necesario un sacrificio que fuese aceptable á la justicia eterna: los patriarcas elevan sus brazos al empíreo

(1) Ganoso el autor de esta obra de corresponder dignamente al clero que tan buena acogida viene dispensando á esta publicacion, ha determinado dar á la seccion de sermones cuaresmales mayor amplitud que la anunciada en el prospecto. Así pues, para poder dar sermones para todos los lunes de Cuaresma á mas de los ofrecidos, sin tener que aumentar el número de cuadernos, ha determinado incluir en esta seccion los sermones de Pasion y Siete Palabras, anunciados para aquella.

pidiendo el Reparador, y el profeta Isaías clama á los cielos que envíen el rocío de lo alto; que las nubes lluevan al Justo; que se abra la tierra y brote al Salvador (1), y hasta en los mitos paganos dábase una idea del Salvador y su Madre Virgen. Sin embargo que los judíos esperaban con impaciencia la venida del Mesías, en término que de tanto clamar y pedir habia enronquecido la ingrata sinagoga, como habia anunciado un profeta; Jesucristo Mesías verdadero se presenta entre ellos y ellos no le conocieron; le ven en el mundo y el mundo no le reconoce (2). A la edad de doce años se presenta en el templo, y muestra una sabiduría divina, que deja maravillados y confundidos á los doctores, y tres años antes de consumir el sacrificio, se presenta repitiendo grandes prodigios, dispensando beneficios continuos; y ni el verle dar la vista á ciegos, agilidad en sus miembros á los tullidos, vida á los muertos, fué suficiente para que el ingrato pueblo judío le reconociese como verdadero Mesías, y conjurándose contra él le quitaron la vida, despues de hacerle sufrir grandes tormentos, haciéndose instrumento para que se efectuase la suspirada redencion.

Ved aquí, señores, el objeto á que nos reúne la Iglesia en esta noche. Vestida de luto, entonando lúgubres cánticos, celebra el aniversario solemne de la muerte de su Divino Esposo Jesus. El espectáculo sangriento del Calvario venimos á contemplar, y cuando debo presentar á vuestra consideracion el cuadro triste de los padecimientos y muerte de Jesus, ¿qué esperais de mí tal vez rasgos de elocuencia y que

(1) Isaías cap. XLV, v. 8.
(2) Joan. cap. I, v. 10.

ponga en juego todas las bellezas retóricas? ¡Ah! que en vano es en este caso vuestra espectacion, ni mucho tiene que trabajar el orador sagrado para arrancar lágrimas á su auditorio: cuando sube á la cátedra de la religion á tratar el asunto que nos ocupa. Redimidos todos con la sangre de valor infinito que se vertiera en el Calvario, preparados os veo para verter una lágrima de dolor sobre el sepulcro del que nos amó hasta dar su vida por nosotros. *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.*

Apartad, pues, por estos momentos vuestros pensamientos y vuestras ideas de todo lo que sea terreno, y recogiéndoos dentro de vosotros mismos, preparaos para recordar lo que costara vuestra redencion al Hijo del Eterno Padre. Solo voy á presentaros una sucinta narracion de su pasion y muerte; hoy hablará el corazon y sus afectos: Jesus traidamente entregado en manos de sus enemigos; Jesus rodeado de tormentos; Jesus convirtiendo la cruz en cátedra sagrada y espirando en ella: ved aquí los tres puntos que bajo una sola proposicion darán materia al discurso.

Virgen Purísima, Madre de mi Dios... empero ¡qué inoportunidad es la mia! No es á María á quien debemos acudir en este momento. Ella es Madre del Divino Hijo que padece y muere en el Gólgota, y está toda abismada en el piélago inmenso del dolor y la amargura. Acudamos, pues, á la santa cruz. ¡Oh Cruz santa! ¡Cruz adorable! ¡Cruz que sostuvisteis la santísima humanidad de nuestro Salvador! De tí espero el auxilio que necesito para desempeñar mi hoy triste ministerio. ¡Oh Cruz! *ave spes unica*, etc.

PARTE ÚNICA.

El eco del relój de la Providencia marcaba el instante en que Jesucristo debia dar principio á aquella série de padecimientos, que habian de concluir en el monte de las Calaveras. Ved aquí, hermanos míos, el por qué sentándose á la mesa con sus discípulos esclama: «En gran manera he deseado comer esta Pascua con vosotros (1).» Es decir, voy á consumir la obra para la que fui enviado, y es tanto el amor que profeso á la humanidad, que he deseado el momento presente para daros la mayor prueba de mi cariño, efectuando un misterio en virtud del cual, no obstante partir á mi Padre, quedaré entre vosotros hasta la consumacion de los siglos. No perdamos tiempo, amados míos; corramos en espíritu al Cenáculo, á aquel lugar de eterna bendicion, y observemos con atencion cuanto allí pasa. Jesucristo toma el pan con sus divinas manos, dá gracias á su eterno Padre, le bendice, le parte y lo dá á sus discípulos diciendo: Tomad y comed, porque ESTE ES MI CUERPO; y tomando del mismo modo el cáliz, lo bendice y lo dá á sus discípulos diciendo, Tomad y distribuirlo entre vosotros, porque ESTA ES MI SANGRE. ¡Palabras sublimes y misteriosas, cuyo eco atravesando las nubes sube hasta el empíreo! Este augusto misterio de la Eucaristía habia ya sido anunciado por Jesucristo; causa por qué le volvieron las espaldas muchos de sus discípulos. No así los apóstoles, que preguntados por el Maestro si tambien querian dejarle, escandalizados de su doctri-

(1) Desiderio desideravi hac Pascha manducare vobiscum. Luc. cap. XXII, v. 15.

na, contesta en nombre de todos mi amado padre San Pedro: Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo Hijo de Dios (1).

Ya ha efectuado el Salvador el gran misterio de su amor, se ha sacramentado, ha quedado oculto bajo las especies de pan y vino, y concluida la cena, luego que ha dado el ejemplo mas admirable de humildad, postrándose á los piés de sus discípulos y lavándoselos con sus divinas manos, abandona á la ingrata Jerusalem, partiendo con sus discípulos de la otra parte del arroyo Cedron, en donde habia un huerto en el cual entró el Señor con los que le acompañaban. ¡Infeliz Jerusalem! ciudad tan favorecida de Dios en todo tiempo, ya puedes entonar cánticos de dolor, porque con la salida de Jesús fuera de tus muros, has quedado en la mas triste horfandad. ¡Jeremías, profeta del Señor! ahora puedes levantar de nuevo tu voz, y hablando en nombre de esa ciudad cuya ruina preveistes á través de los siglos, esclamar; *Mis ojos están vertiendo lágrimas, porque se ha alejado de mi el Consolador* (2).

Empero apartemos por un momento nuestra consideracion de la ciudad criminal, y observemos á Jesus en el huerto de Gethsemaní: llegado que hubo el Señor á aquel lugar retirado, encarga á sus Apóstoles que ocupasen el tiempo en velar y orar para que no

(1) Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo... Multi ergo audientes ex discipulis ejus dixerunt: Durus est hic sermo, et quis potest eum audire...? Et jam non cum illo ambulabant. Dixit ergo Jesus ad duodecim: Numquid et vos vultis abire? Respondit ergo ei Simon Petrus: Domine ad quem ibimus? Verba vitæ eternæ habes. Et nos credidimus, et cognovimus, quia tu es Christus Filius Dei. Joan. cap. VI, v. 56, 57, 61, 67, 68, 69 y 70.

(2) Thren. cap. I, v. 16.

entrasen en tentacion, y diciendo, se aparta á un lugar mas escondido, acompañado tan solamente de Pedro, Juan y Santiago, de los cuales tambien se aparta como á distancia de un tiro de piedra.

Solo ya el divino Salvador, se entrega con el mayor fervor á la oracion, y ¿cuánto padecería en ella? Primeramente piensa en el prodigio que ha obrado en el Cenáculo, y al contemplar en que se habia dado en alimento á Judas, discípulo pérfido y traidor que ya tenia tratada su venta, cosa que no podia ignorar aquel que era Omnisciente y estaba adornado de todos los atributos de la divinidad, se vienen como de tropel á su mente los ultrajes, desprecios y sacrilegios de que la divina Eucaristía habia de ser objeto en los venideros siglos. Y veia á través de los tiempos otros muchos Judas que le habian de vender, y sus sagrarios profanados y derribados sus templos, y hechados por tierra sus altares, y perseguidos sus amados y fieles ministros, y hecha infructuosa para muchos la preciosa sangre que se dispone á verter... y esta consideracion hace llamar su atencion á los tormentos que le esperaban, y allí en el silencio y soledad del huerto, á través de las tinieblas de la noche, se le representan las aficciones y amarguras de su pasion, y vé el pretorio donde habia de sufrir la dolorosa flagelacion, y de un solo golpe de vista vé la corona, la cruz, los clavos... y ¡ay!... ¿Qué mutacion es la que se descubre en el rostro del divino Nazareno? El Omnipotente, el Salomon mas fuerte, el mas sumiso Moisés, el mas obediente que Abraham á las órdenes del Eterno Padre, empieza á palidecer y á entristecerse. Sí, señores, *capit contristari et maestus esse*, así es, que elevando sus ojos al cielo, esclama-

ma: *Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz, mas no se haga mi voluntad, sino la tuya* (1). Jesus pide á su Padre, espone San Juan Crisóstomo, que pase de él aquel cáliz si era posible, quiso representar la flaqueza del hombre, y añadiendo, *mas no sea como yo lo quiero, sino como tú*; nos dió ejemplo de aquella fortaleza con que hemos de seguir á Dios aun cuando la naturaleza se oponga y haga esfuerzos en contrario. A vosotros, pues, hombres afeminados, almas mezquinas, que al menor dolor, á la mas mínima incomodidad, murmurais de la Providencia, faltándoos el valor para sufrir; á vosotros principalmente se dirige esta leccion y ejemplo de Jesucristo, de ese Salvador adorable que se conforma á beber, hasta las heces, el cáliz de la amargura.

Mas de una vez fué Jesucristo á donde estaban los discípulos, y siempre los halló dormidos, por lo que el Señor les reprendió diciéndoles: ¿no habeis podido una hora velar conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu pronto está, mas la carne enferma. Así nosotros, hermanos míos, nos dormimos tranquilamente sin pensar en la eternidad y halagados por los atractivos de un mundo seductor y embustero, queremos hacernos creer que esto no acaba, y de aquí el que muchos desgraciadamente se duermen tranquilos para despertar en su perdicion eterna. Velemos, pues, y oremos como Jesus encargara á sus apóstoles: velemos y oremos para no caer en la tentacion y estar siempre preparados por si la muerte nos sorprende.

Empero yo dirijo mi vista por todas partes, regis-

(1) Math. cap. XXVI, v. 39.

tro el huerto y no encuentro á Judas. ¿Qué se ha hecho de este apóstol? ¿Tal vez se habrá retirado á un sitio oculto para entregarse á las delicias de la oracion? ¡pero qué digo! ¡Veis, señores, veis aquel grupo de gente armada que entra en el huerto de las Olivas, y que ansiosa busca al Nazareno para prenderle? Pues observad al que los viene capitaneando... ¡Qué horror!... Es aquel mismo Judas que pocas horas antes habia recibido en su pecho á su mismo Maestro sacramentado; es aquel á quien Jesus habia lavado sus piés; es el ingrato que tantos beneficios habia recibido de las benéficas manos de aquel á quien iba á entregar á sus mas implacables enemigos.

Llegó la hora, señores, de la libertad de los cautivos, llegó la hora señalada para que empezase á padecer el Santo por el pecador. Bien podemos ahora esclamar con un Padre: *Alégrese el Santo porque se acerca la palma: gócese el pecador porque es convidado al perdón; anime el gentil porque es llamado á la vida* (1). En efecto, Jesucristo divisa ya las puntas de las lanzas; lo que le dá mas pena es ver al frente de ellos á uno de sus discípulos, y dirigiéndose entonces á sus Apóstoles, adios, les diria, adios, mis amados discípulos; adios, hijos predilectos de mi corazon. Llegó la hora y ya se aproxima el que me entrega. Y fue así, pues que en el momento el traidor Apóstol, el vendedor de sangre justa, el parricida impío y homicida sanguinario Judas, que en la cena habia sido participante del cuerpo y sangre de su Maestro, llega al frente de un escuadron de gente armada. Aquel á quien yo besare, habia dicho Judas á los que con él venian, ese

(1) S. Leon, Ser. I de Nativit.

es, tenedle y llevadle con cuidado (1). No bien vió á Jesús, cuando lleno de hipocresía se dirige á El y le dice: *Dios te salve Maestro. Y le dió un ósculo.* Sin embargo que para el Señor no podía ser oculta la falsedad de su salutacion, ni el veneno que encerraba aquel ósculo de falsa paz, con los brazos abiertos y lleno de la mayor ternura, le recibe diciéndole: *¿Amigo, á qué has venido? ¿Es posible que así entregues al Hijo del hombre con un beso?* ¡Ah! Que cuando la ambicion y la maldad llega á apoderarse del corazon humano, este se resiste á todo consejo, y para este hombre no hay ya razon ni reflexion alguna. Aun en aquel momento si Judas se arrepiente de su maldad, si penetran en su corazon las tiernas palabras de Jesús, si prorumpe en un *pequeño* hubiera oido otra respuesta que *tus pecados son perdonados.* Empero Judas ya no oye ni atiende á las palabras de su Maestro, su corazon se ha endurecido mas que las robustas rocas y nada es capaz de hacerle conocer su inícuca maldad.

Jesús no espera á que los soldados le pregunten, y así dirigiéndose á ellos esclama: *¿á quién buscáis?* Ellos respondieron que á Jesús Nazareno, y al decir el Salvador: *Ego sum,* Yo soy: caen precipitados rodando por tierra, poseidos del miedo, del espanto y del terror. Dáles el Señor licencia para que se levanten, preguntándoles de nuevo á quién buscaban, y dando ellos la misma contestacion que antes, *á Jesús Nazareno.* Pues bien, si me buscáis á mí, aquí me teneis, prenderme, mas dejad ir á estos. Ellos sin conocer el poder del que los acababa de castigar quitándoles las

(1) Dederat autem traditor ejus signum eis; dicens. Quemcumque osculatur fuero, ipse est; tenete eum, et ducite caute. Mar. cap. XIV. v. 44.

fuerzas y postrándoles en tierra, cuales lobos sangrientos arremeten á la inocente víctima. ¿Y qué hacen los Apóstoles? dijéronle al Señor, *¿herimos con espada?* Y *Simon Pedro que tenia una espada la desenvainó é hirió á un criado del Pontífice, y le cortó la oreja derecha. Era el nombre del criado Malco (1).* Jesús mandó acercarse al herido y tomando la oreja le curó colocándosela en su lugar.

Señores: las entrañas se estremecen al considerar la obstinacion y ceguedad de aquel infame pueblo. Pues qué ¿no era suficiente el poder que habia mostrado al echarlos por tierra al eco de su palabra omnipotente, y la curacion de Malco para hacerles conocer la divinidad del que venian á prender? ¿Cómo á ladrón, les dice Jesucristo, habeis salido con espadas y con palos? Y habiendo estado cada dia con vosotros en el templo no estendisteis las manos contra mí: mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Y dicho esto, atándole fuertemente le sacan del huerto para conducirle á casa del príncipe de los Sacerdotes.

Considerad, cristianos, los tormentos que padecería el corazon amantísimo de Jesús al verse vendido por el traidor discípulo, por aquel á quien tantos beneficios habia dispensado. Empero si tantas veces hemos imitado al pérfido Apóstol vendiendo á Jesucristo en cambio de viles pasiones, de placeres momentáneos, aun como aquel nos llama *amigos,* hagámonos dignos de este nombre, con el arreglo de nuestras costumbres, con la práctica de las virtudes que nos enseña el Evangelio, no olvidando que el que

(1) S. Luc cap. XXII, v. 49 y 50.